

Daniel Vila Garda
Economista

En estos tiempos performativos que corren, el relato es la política por otros medios. Y las palabras operan como munición. El fuego real y las balas de fogeo se mezclan con resultados que afectan de manera simultánea al presente y a las expectativas sobre el futuro. Es una vuelta de tuerca más de la inversión que hizo Foucault, entre otros, de la famosa cita de Clausewitz cuando escribió que «la política es la guerra por otros medios».

Unión sin relato

Para la opinión pública latinoamericana es indudable la existencia de Europa como referente esencial para la civilización occidental, pero no se visualiza como un sujeto político en el siglo XXI al que haya que prestarle especial atención. Ese lugar aún lo ocupan las naciones eximperialistas que la forman¹ y las multinacionales que actúan en y desde su territorio en busca de máximas rentabilidades extractivas, tanto de recursos naturales como de servicios.

Para tanta tarea, a la Unión Europea le faltan relatos que expresen una confianza en sus actuales valores que esté desprovista de viejas hipocresías y nuevos cinismos. Estos relatos deben empujar los hechos en beneficio de todas las partes².

¿A qué se debe? Sin duda, a una inercia histórica de siglos y, también, a la debilidad de una política exterior de la Unión Europea sin hechos ni relatos, un fiel reflejo de su lento proceso de construcción y la difi-

cultad en conciliar trayectorias e intereses nacionales dispares.

Hasta la crisis financiera que se desató en 2008, podía argumentarse que esa lentitud y la estrategia gradual y sujeta a reglas fijadas jurídicamente por instituciones supranacionales esbozada inicialmente por Monnet y Schuman eran imprescindibles para llevar adelante el mayor proyecto de integración pacífica de la historia. Se trata de naciones que habían vivido siglos de enfrentamientos y que, en el siglo XX, en lo que Tony Judt llamó «la segunda guerra de los treinta años», sufrieron más de 60 millones de muertos en sus territorios.

La salida negociada de la dureza extrema de las dos guerras supuso la construcción de importantes y desiguales estados nacionales de bienestar de corte keynesiano diseñados en los pactos de posguerra. Esto ocurrió bajo el paraguas del dólar/euro, la OTAN y la alternancia democrática entre socialdemócratas, democristianos y liberales, viéndose acompañada por el muy relevante papel reivindicativo y democratizador del movimiento obrero a través de sus sindicatos de clase. Se construyó así un espacio económico de diversas velocidades en el que las desigualdades inherentes al capitalismo son las menos lacerantes del mundo. Un lugar al que muchos países europeos se han ido incorporando en los sucesivos procesos de ampliación y del que nadie quiere irse, salvo la excepción británica, con sus idas y venidas producto de su singularidad histórica de eximperio³.

El ritmo profundo de esa integración estaba marcado por el proceso de acumulación de capital financiero que se desató a partir de 1973 con la salida del patrón dólar y que se plasmó en el Tratado de Maastricht firmado en 1992. La dimensión social de esta integración ha ido siempre a rebufo de los condicionantes mone-

1. En relación con Latinoamérica, singularmente España, Portugal, Francia e Inglaterra. Y, de manera peculiar Francia, estado amazónico por su territorio de ultramar, la Guayana Francesa.

2. Haciendo los esfuerzos necesarios para crear un espacio de diálogo autocrítico y constructivo en asuntos como las lecturas antagónicas sobre la Conquista de América.

3. Con un rol propio en la Commonwealth, arsenal nuclear y la libra esterlina.

Un haz de cuestiones complican la comunicación y el acuerdo de intereses entre la Unión Europea, como un todo, y el resto del mundo, singularmente el norte de África y América Latina: la creciente velocidad en asumir postulados ecologistas que atiendan a la crisis climática al tiempo que resuelven las necesidades de consumo energético de empresas y familias; la resiliencia debilitada de las instituciones democráticas estatales inspiradas en la defensa de los derechos humanos; la réplicas reaccionarias a los avances del feminismo; la creciente secularización de la sociedad progresista; o las erróneas y dispersas políticas de absorción de la inmigración extracomunitaria por gobiernos de todos los perfiles ideológicos con su insoportable coste humanitario.

tarios y económicos, lo que no ha favorecido la construcción de una identidad europea entre sus habitantes que se reflejará en su contacto con otros pueblos. La pertenencia nacional ha primado siempre.

El territorio europeo ha sido el que más guerras con alto componente de conflicto civil ha concentrado a lo largo de siglos, y sus naciones las que han llevado a cabo los mayores exterminios de pueblos originarios en su etapa imperial (quizás a ambas cosas se refería el pensador judío George Steiner cuando dijo que «Europa estaba cansada de tanta historia»).

Ese pacifismo europeo está en la base de la defensa incipiente por parte de la UE del multilateralismo a nivel mundial⁴. La decisión de gastar más en defensa y seguridad europeas es muy conflictiva porque en el seno de las sociedades europeas, de las élites económicas y políticas hay diferentes lecturas: quienes lo celebran como rearme, quienes valoran el impulso hacia una autonomía estratégica y quienes se muestran radicalmente en contra.

4. El intervencionismo militar unilateral de Francia, potencia nuclear con un singular estatus en la OTAN, ha complicado el papel europeo, como ocurre en Siria, Libia y el Sahel.

La imparable ola de la emancipación de la mujer europea y el creciente reconocimiento de las diversidades de género que impulsa el movimiento LGTBI europeo refuerzan la dinámica pacifista de sus instituciones.

La unilateral invasión de Ucrania por parte de Rusia ha reabierto los fantasmas de un conflicto generalizado que, aunque tuvo rápida respuesta unitaria de la Unión Europea y de casi todos los países que la integran en apoyo del país invadido, ha generado encontradas reacciones en el seno de la sociedad europea y ha recordado la debilidad energética actual de su modelo económico. La visión en tiempo real de la masacre inhumana y deshumanizadora que el Gobierno israelí de Netanyahu está perpetrando en Gaza y la incapacidad de la Unión Europea para contribuir energicamente a ponerle fin⁵, colocan a las sociedades europeas ante el espejo de sus propios valores fundacionales cuando todavía se encuentran en un estadio incipiente de interiorización de los mismos.

La ampliación desbocada de la Unión Europea hacia el Este como efecto de la borrachera de éxito que se vivió entre sus élites políticas y económicas como consecuencia de la caída por implosión de la URSS provocó un enroque de la construcción europea en su propio territorio y no favoreció a las fuerzas internas que, en la Rusia postsoviética, podían haber frenado la reacción expansionista del nuevo régimen.

Un haz de cuestiones complican la comunicación y el acuerdo de intereses entre la Unión Europea, como un todo, y el resto del mundo, singularmente el norte de África y América Latina: la creciente velocidad en asumir postulados ecologistas que atiendan a la crisis climática al tiempo que resuelven las necesidades de consumo energético de empresas y familias; la resiliencia debilitada de las instituciones democráticas estatales inspiradas en la defensa de los derechos humanos; la réplicas reaccionarias a los avances del feminismo; la creciente secularización de la sociedad progresista; o las erróneas y dispersas políticas de absorción de la inmigración extracomunitaria por gobiernos de todos los perfiles ideológicos con su insoportable coste humanitario.

En resumen, demasiadas contradicciones dentro de Europa, y diferencias notables con los procesos que

5. Es central el papel que juega la doble culpa alemana: la Shoá y la consiguiente creación del Estado de Israel.

se viven en otros continentes, no conforman un terreno fácil para diálogos constructivos de acuerdos estratégicos a nivel global y en tiempos de paz. La Unión Europea está en un momento delicado para tomar iniciativas estratégicas que concilien sus intereses con los del resto del mundo. Y menos aún, que inspiren al resto del mundo con su singular y siempre conflictiva combinación de derechos individuales, sociales, políticos y económicos.

El «modelo europeo», en su incierto e inestable estado de reformulación que le deja huérfano de relato, no está pertrechado para lidiar frente al reto que suponen tanto China y Rusia, con sus «modelos estables» (sin opinión pública ni alternancia electoral), como EE. UU., con su aún apabullante capacidad de fuego retórico y real⁶.

Relato sin unión

Por su lado, la realidad latinoamericana ha sufrido enormes convulsiones en este mismo período. A todos los niveles.

El agotamiento de la experiencia revolucionaria cubana y de su influencia en toda la región a partir de 1989; la irrupción de los pueblos originarios como sujeto político determinante (fundamentalmente en Ecuador, Bolivia, México y Centroamérica); la creciente influencia social y política de las iglesias evangelistas (singularmente en Brasil); la creciente influencia del narcotráfico en la sociedad y las instituciones republicanas con distintos grados de intensidad por países, pero de una gravedad inusitada que genera una gran inseguridad en ciudades y puertos; y los enormes desplazamientos migratorios de sus habitantes dan un marco nuevo a la gran lacra de ese subcontinente: la desigualdad estructural.

La desafección de cada vez más ciudadanos para ejercer el voto en sistemas de partidos en crisis permanente está produciendo un aumento notable de la abstención en países donde el voto es obligatorio. Esta aparente

paradoja ilustra la débil institucionalidad, a la vez que refleja una creciente deslegitimación de los procesos electorales para dar estabilidad política a los gobiernos avalados por las urnas. Junto a la corrupción, que se destila del uso clientelar de los fondos públicos, la financiación de la política con fondos no declarados ni controlados completan un cuadro que complica el diálogo con la Unión Europea.

El intervencionismo de los EE. UU. en Latinoamérica ha adoptado diversas formas, pero siempre ha tenido el silencio cómplice de los países europeos con contadas excepciones, cuando la violación de los derechos humanos ha sido flagrante. Las instituciones europeas no han roto definitivamente con esta línea de prescindencia que parece interpretar, en clave de viejas complicidades imperialistas, la cita de hace 200 años del presidente James Monroe de EE. UU., «América para los americanos».

La Unión Europea está pagando dos peajes por el apoyo norteamericano a la reconstrucción después de 1945 y la construcción del estado de bienestar con recursos fiscales propios: jugar un papel secundario en Latinoamérica y depender militarmente de los intereses estratégicos estadounidenses, tanto económicos como geopolíticos, en el marco de la OTAN con las consiguientes tensiones geopolíticas con países como Cuba o Brasil.

Esta situación ha contribuido a que las sociedades latinoamericanas visualicen los intereses europeos de la mano de sus grandes corporaciones de matriz nacional, sin que se note la impronta de la construcción europea como un referente a considerar. El nacimiento de Mercosur es un modesto remedo de la construcción europea, comenzando por el comercio, cuyo más relevante éxito es la complementariedad asimétrica argentino-brasileña en la industria automotriz.

En términos de relato, la expresión «Latinoamérica» se mueve entre la utopía y la quimera política. A lo sumo expresa un rico caleidoscopio cultural al que las grandes mayorías que la habitan se sienten vinculadas en su diversidad. La balcanización que se produjo como resultado de las independencias de las metrópolis europeas en el primer cuarto del siglo XIX, territorializando las diferentes hegemonías criollas, no ha sido reconducida a dinámicas de unidad a pesar de diversos intentos en los últimos 30 años, como lo fueron la creación del ALCA en 1994, el ALBA en 2004, el PARLASUR

6. La forma y el fondo conocido del «acuerdo político preliminar» entre Donald Trump y Ursula von der Leyen en el resort de lujo *Trump Turnberry* en Escocia escenifica de manera inmejorable las diferentes formas de enfocar las negociaciones.

en 2006 o UNASUR en 2008. Hoy todas estas instituciones languidecen en encuentros sin efectos concretos sobre la vida de los pueblos latinoamericanos.

Desafíos

La crisis de la globalización dirigida por las finanzas que se presentó con toda su intensidad a partir de 2008 ha desatado fuerzas de extrema derecha de carácter contrarrevolucionario en lo social y fanáticamente liberales en lo económico. Esta mezcla se sintetiza en proyectos políticos autoritarios que socavan los cimientos de la representación democrática.

Lejos queda el impulso regenerador y transformador que se manifestó en el primer Foro Social Mundial realizado en Porto Alegre en 2001, con sus demandas de democracia participativa, defensa de los bienes comunes y lucha contra las desigualdades que se sintetizaron en el lema «Otro Mundo es Posible». Fue un intento de los globalizados de todo el mundo para confrontar alternativas con los globalizadores, se definen como se definen ambos. Esta experiencia nos desafía, y nos interroga, sobre las razones de que aciertos en los diagnósticos sobre las consecuencias negativas de la dictadura de los mercados financieros y oligopólicos sobre la inmensa mayoría de la humanidad, no generaran aciertos similares en las formas concretas de combatirlas.

En contraposición, la impugnación al totalitarismo de los mercados financieros y oligopólicos dominados por la oferta viene hoy de la mano de propuestas soberanistas que ponen difícil la multilateralidad y los acuerdos en un marco de paz. Las palabras y la pólvora de las ultraderechas se confabulan para paralizar las dinámicas democráticas en lo político y distributivas en lo social. Salir de esa encerrona dialéctica y violenta es un imperativo para todas las fuerzas progresistas, tanto en Europa como en Latinoamérica.

Parece evidente que la actual Unión Europea no pretende exportar su realidad al resto del mundo; quizás, porque ha asumido un papel ejemplificador que respeta las propias dinámicas políticas, económicas y sociales que se despliegan hoy por el mundo.

Pero el creciente divorcio entre las instituciones europeas existentes y su proceso de maduración espas-

[...] la impugnación al totalitarismo de los mercados financieros y oligopólicos dominados por la oferta viene hoy de la mano de propuestas soberanistas que ponen difícil la multilateralidad y los acuerdos en un marco de paz. Las palabras y la pólvora de las ultraderechas se confabulan para paralizar las dinámicas democráticas en lo político y distributivas en lo social. Salir de esa encerrona dialéctica y violenta es un imperativo para todas las fuerzas progresistas, tanto en Europa como en Latinoamérica.

módico (la crisis del euro, la pandemia y la guerra en Ucrania como catalizadores) frente a una sociedad europea presa de una creciente incertidumbre, han dado como resultado la ausencia total de un relato que genere ilusión y acompañe una profundización de la construcción europea que coloque a la UE en el centro de un mundo multilateral.

EE. UU. y Rusia parecen apostar por una multipolaridad imperfecta en la que la Unión Europea sea la pieza por cobrar, y China el nuevo gigante global, por el aprovechamiento táctico de la crisis actual del proceso de integración europea. El amago de una nueva Ruta de la Seda que atravesase Europa y el alineamiento implícito con Rusia en la invasión de Ucrania son dos ejemplos claros de la complejidad estratégica del momento político.

En ese marco, la relación entre Europa y Latinoamérica es el encuentro entre dos debilidades, limitadas ambas por dinámicas internas centrífugas. Cada país negocia por libre o intenta condicionar públicamente las conversaciones entre ambos bloques. El comportamiento persistente de Francia en las negociaciones UE-Mercosur sobre el capítulo agrícola ganadero, las preocupaciones ambientales de Alemania y la posición del Gobierno argentino de Milei en las negociaciones con EE. UU. sobre inversiones, son tres ejemplos recientes.

Mientras tanto, EE. UU. y China despliegan en Latinoamérica su capacidad de influencia para asegurarse el acceso a recursos naturales y para propiciar alinea-

mientos geoestratégicos que les sean favorables⁷. Es creciente la disputa entre ambas superpotencias por una presencia militar, tecnológica y en recursos e infraestructuras estratégicas, sin que se produzca una respuesta concertada por parte de los países latinoamericanos.

Construcción de dinámicas convergentes

Con todo, la agenda europea, a pesar de sus marchas y contramarchas, puede ser muy potente para reforzar vínculos con Latinoamérica si ese acompaña del impulso político necesario y de un relato común que haga de puente entre ambas sociedades marcadas por la diversidad de identidades a menudo en conflicto entre sí.

Algunas ideas para terminar:

- A falta hoy de una sola voz europea, debería asegurarse la presencia de la UE en las negociaciones bilaterales que lleven a cabo países de uno u otro lado del Atlántico⁸.
- La resolución pacífica de los conflictos debe marcar el tono de los desacuerdos.
- Apoyos concretos a la construcción y profundización de los cinco pilares del estado de bienestar: vivienda, salud, educación, pensiones y cuidados.
- Armonización fiscal en los impuestos al capital y eliminación de los paraísos fiscales en ambos continentes.
- Máxima transparencia en la gestión empresarial en el marco de una economía de mercado regulada que incentive la democracia empresarial y el emprendimiento
- Apoyo y promoción de la democracia representativa y participativa con claras medidas de com-

bate contra la corrupción, en todas sus manifestaciones, y que garanticen la libre expresión de las discrepancias.

- Reconocimiento del papel de las familias en el desarrollo pleno de los individuos, en diálogo con todas las confesiones religiosas y la sociedad laica.
- Acuerdos mutuamente beneficiosos sobre la extracción de los recursos naturales, atendiendo a sus efectos sobre el cambio climático y en defensa de la naturaleza.
- Abordaje sin prejuicios del problema de la droga, incluyendo el debate sobre su legalización. Impedir la existencia de narcoestados.
- Regulación compartida entre lugares de origen y de destino de los flujos migratorios, garantizando el cumplimiento de los derechos humanos y creando condiciones que enriquezcan una convivencia mestiza.
- Ampliación de los derechos individuales con respeto a la propia evolución de los valores religiosos y morales de los diferentes colectivos.
- Exigir un escrupuloso respeto de los derechos humanos en la persecución del delito, rechazando soluciones que lleven a la creación de estados policiales.
- Garantizar la libertad de expresión con una regulación de los medios de comunicación oligopólicos y del uso odioso de las redes.

Será difícil transmitir estas ideas si no van acompañadas de una profundización de las reformas interiores pendientes que permitiría a las instituciones reforzadas de la UE ser un interlocutor que contribuya a la creación de vínculos de largo plazo con los países latinoamericanos. Hacerlo con determinación y relatarlo con convicción son tareas de los políticos y de la acción política. ■

7. Una de las réplicas estadounidenses se expresa con claridad en la propuesta de Robert Lighthizer, uno de los ideólogos de Trump, de impulsar un «desacoplamiento estratégico» (por tanto, a todos los niveles) de China por parte de Occidente.

8. La reciente reunión del presidente del Gobierno de España, Pedro Sánchez, con los mandatarios de Uruguay, Chile, Colombia y Brasil en la Cumbre «Democracia siempre», en Santiago de Chile, señala un buen camino, a la vez que sigue mostrando que los países europeos van por libre en sus respectivas áreas de influencia. Y la ausencia de México confirma la complejidad de esa relación.